
Fundaciones de arena

Cantata sombría

Me encojo en mi guarida; me atrincheró en mis precarios bienes.

*Yo, que aspiraba a ser arrebatada en plena juventud por un huracán de fuego
antes que convertirme en un bostezo en la boca del tiempo,
me resisto a morir.*

*Sé que ya no podré ser nunca la heroína de un rapto fulminante,
la bella protagonista de una fábula inmóvil en torno de la columna milenaria
labrada en un instante y hecha polvo por el azote del relámpago,
la víctima invencible —Ifigenia, Julieta o Margarita—,
la que no deja rostros para las embestidas de las capitulaciones y el fracaso,
sino el recuerdo de una piel tirante como ráfaga y un perfume de persistente despedida.*

*Se acabaron también los años que se medían por la rotación de los encantamientos,
esos que se acuñaban con la imagen del futuro esplendor*

*y en los que contemplábamos la muerte desde afuera, igual que a una invasora
—próxima pero ajena, familiar pero extraña, puntual pero increíble—,
la niebla que fluía de otro reino borrándonos los ojos, las manos y los labios.*

Se agotó su prestigio junto con el error de la distancia.

Se gastaron tus lujosos atuendos bajo la mordedura de los años.

Ahora soy tu sede.

Estás entronizada en alta silla entre mis propios huesos,

más desnuda que mi alma, que cualquier intemperie,

*y oficias el misterio separando las fibras de la perduración y de la carne,
como si me impartieras una mitad de ausencia por apremiante sacramento
en nombre del larguísimo reencuentro del final.*

¿Y no habrá nada en este costado que me fuerce a quedarme?

¿Nadie que se adelante a reclamar por mí en nombre de otra historia inacabada?

No digamos los pájaros, esos sobrevivientes

que agraviarán hasta las últimas migajas de mi silencio con su escándalo;

*no digamos el viento que se precipitará jadeando en los lugares que abandono
como aspirado por la profanación, sino por la nostalgia;*

pero al menos que me retenga el hombre a quien le faltará la mitad de su abrazo,

ese que habrá de interrogar a oscuras al sol que no me alumbra

tropezando con los reticentes rincones a punto de mirarlo.

Que proteste con él la hierba desvelada, que se rajen las piedras.

¿O nada cambiará, como si nunca hubiera estado?

*¿Las mismas ecuaciones sin resolver detrás de los colores,
el mismo ardor helado en las estrellas, iguales frases de Babel y de arena?
¿Y ni siquiera un claro entre la muchedumbre,
ni una sombra de mi espesor por un instante, ni mi larga caricia sobre el polvo?
Y bien, aunque no deje rastros, ni agujeros, ni pruebas,
aun menos que un centavo de luna arrojado hasta el fondo de las aguas,
me resisto a morir.*

*Me refugio en mis reducidas posesiones, me retraigo desde mis uñas y mi piel.
Tú escarbas mientras tanto en mis entrañas tu cueva de raposa,
me desplazas y ocupas mi lugar en este vertiginoso laberinto en que habito
—por cada deslizamiento tuyo un retroceso y por cada zarpazo algún soborno—,
como si cada reducto hubiera sido levantado en tu honor,
como si yo no fuera más que un desvarío de los más bajos cielos
o un dócil instrumento de la desobediencia que al final se castiga.
¿Y habrá estatuas de sal del otro lado?*

Grandes Maniobras

*No puede ser aquí donde se libra la batalla,
nunca en este lugar de campamentos falsos y supuestas señales
donde se pierde el rastro de los muertos y no se hallan vestigios de la perduración.
Aquí la niebla no tiene junturas; aquí los días son una muralla sorda.
No hay agua que se asemeje a nuestra sed, Babel de arena nuestra lengua.
No entendemos el sentido del viento ni sabemos leer en las constelaciones.
Subimos con el alba a esperar nubes, a compartir reflejos,
a retener historias como sombras a cuenta del imaginario porvenir.
Subimos a duras penas, pantano tras pantano,
cada uno con la piedra que crece y en la espalda a horcajadas a su rey.
Entre ascenso y caída se vuelan con un graznido las alturas;
se desplazan sin rumbo como en una pesadilla del horizonte las fronteras;
perdemos una mano, un trozo de memoria, el gusto del sabor.
Esta es la tierra esquiva,
la tierra de no llegar jamás, la tierra del fantasma en la pared.
Otro es sin duda el sitio del encuentro, del combate invisible,
de la línea de fuego donde se cierra el foso entre la piel y el alma.
Más allá o más acá, una zona en alerta,
una tierra de nadie adonde nos convocan a oscuras y acudimos,
aún más incompletos, aún más mutilados,
casi a punto de ver, siempre al alcance de la sanción y de la muerte.*

El Obstáculo

*Es angosta la puerta
y acaso la custodien negros perros hambrientos y guardias como perros,
por más que no se vea sino el espacio alado,
tal vez la muestra en blanco de una vertiginosa dentellada.
Es estrecha e incierta y me corta el camino que promete con cada bienvenida,
con cada centelleo de la anunciación.
No consigo pasar.
Dejaremos para otra vez las grandes migraciones,
el profuso equipaje del insomnio, mi denodada escolta de luz en las tinieblas.
Es difícil nacer al otro lado con toda la marejada en su favor.
Tampoco logro entrar aunque reduzca mi séquito al silencio,
a unos pocos misterios, a un memorial de amor, a mis peores estrellas.
No cabe ni mi sombra entre cada embestida y la pared.
Inútil insistir mientras lleve conmigo mi envoltorio de posesiones transparentes,
este insoluble miedo, aquel fulgor que fue un jardín debajo de la escarcha.
No hay lugar para un alma replegada, para un cuerpo encogido,
ni siquiera comprimiendo sus lazos hasta la más extrema ofuscación,
recortando las nubes al tamaño de algún ínfimo sueño perdido en el desván.
No puedo trasponer esta abertura con lo poco que soy.
Son superfluas las manos y excesivos los pies para esta brecha esquiva.
Siempre sobra un costado como un brazo de mar o el eco que se prolonga porque sí,
cuando no estorba un borde igual que un ornamento sin brillo y sin sentido,
o sobresale, inquieta, la nostalgia de un ala.
No llegaré jamás al otro lado.*

«Amor, ch'a nullo amato amar perdona»

*No con lechos viscosos ni con instrumentales de tortura,
no con esas aviesas escaleras que te devuelven siempre al enemigo prometido,
ni con falsos paneles ni laberintos circulares,
y aun menos con la llama inextinguible que te devora y te preserva indemne
—¡ah la intolerable prestidigitación del escarmiento!—,
sino con aquel día que se adhirió a la dicha como un color, como una enredadera,
fabricaste tu infierno.
En ese mismo día cortado a la medida de tu cielo,
ese que fue más breve que un temblor,
pero tan perdurable como un meteoro sobrenatural de paso en este lado.
Era un lugar de encuentro entre viajeros perdidos en la historia,
un salto de ascensión igual que una vorágine de luz hacia las nubes,
la exacta coincidencia de dos vuelos en una sola sombra sobre el agua.
Era como mirar el mismo panorama que miraría Dios.*

¡Qué confluencia de soles sobre un instante único del mundo!

Ahora es piedra y sed.

Ajeno, el día que te envolvió en su piel ya no te incluye.

*Nada te reconoce en esta cárcel que tal vez fue cristal y es hielo transparente,
y por más que te obstinas en amaestrar la noche trascendiendo el olvido
no consigues asir ningún objeto ni aciertas con tu paso en el tapiz.*

Giras eternamente en torno de alguien que obstruye la salida.

*Es alguien cuyos ojos no sirven para ver sino tan sólo para ser mirados,
un fantasma que viene de muy lejos sin ningún reclamo, sin ninguna respuesta,
obligado a volver por el amor que no perdona:*

el inasible huésped de algún cielo o quizás el cautivo de un análogo infierno.

Penélope

Penélope bordaba el periplo de Ulises.

Bordaba con realce el riesgo y las hazañas, la penuria y la gloria.

Recibía el dictado de los dioses copiando su diseño del bastidor de las estrellas.

Anudaba los hilos con los años.

Pasaban por el ojo de su aguja el caballo de Troya,

*los horizontes indomables —esos que no someterán jamás al obstinado—,
los cíclopes, los vientos, los frutos que procuran el desarraigo y el olvido,
y punzaba de paso el corazón de otras mujeres, horadaba otras dichas.*

*Deshacer cada noche su labor equivalía a conjurar la suerte,
era deshilar cada aventura, volver atrás las puntadas del tiempo.*

*También tú, repudiada, bordas ahora el viaje de otro ausente,
infidel como las nubes, fabulador como el artero mar.*

*Pero bordas en tu favor lo que desdice el eco y recusan las sombras:
islas en vez de cuerpos que se adaptan a la forma cambiante del deseo,
resacas por delirios,*

parajes extenuados en lugar de instantáneos paraísos,

tu casa floreciendo en la nostalgia en lugar de una puerta cerrada para siempre.

Querriás imponer tu dibujo al destino,

*convertir en destierro y en muralla la ola que arrebató al inconstante,
amordazar las fauces del oráculo que te condena por su desmemoriada boca.*

Pero nunca serás ni el premio de un torneo con la muerte.

Porque por esta vez Mercurio no intervino en bien del traicionero.

Otra Circe perversa lo ha convertido en cerdo.

Rapsodia Nocturna

Abora

desde tu abora estarás viendo

bajo esta misma lluvia las lluvias del diluvio

y aquellas que lavaron las rosas avergonzadas de Caldea

o las que se escurrieron desde el altar del druida hasta el cadalso

y fueron a susurrar sobre una tumba hostil en la espinosa Patagonia,

y también las azules, las prodigiosas narradoras,

las que te prometían un milagro cuando aún eras visible.

¡Qué inventario de lluvias en los archivos embalsamados de la Historia!

Mas ¿qué importan las lluvias?

Sería igual que vieras dinastías de ocasos, medallas o fogatas.

Sólo quiero decir que eres testigo desde todas partes,

huésped del tiempo frente al repertorio de la memoria y del oráculo,

y que cada lugar es un lugar de encuentro como el final de una alameda.

Pero estos pasos tuyos, vacilantes, bajo los pies menudos de la lluvia

me conmueven aún más que tus lamentaciones en el interminable corredor

o tu viejo mensaje para hoy, ballado entre dos libros.

Apostaría estas palabras rotas a cambio de tu nombre tembloroso en los vidrios,
toda la sal del mundo apostaría

a que vienes a combatir por mí contra los legionarios de las sombras,

o que tratas de hallar el moscardón azul que zumba con la muerte,

o que pagas un altísimo precio por abrazar los narcisos y las amapolas

—la vibración más íntima de cualquier estación—,

siempre bordeando los despeñaderos y hasta el confín del mundo,

siempre a punto de caer en la hoguera,

sin remisión y sin aliento.

Y sin embargo has visto el miserable revés de cada trama,

conoces como nadie la urdimbre del error con que fue tapizada mi orgullosa,
mi mezquina morada.

Querrías escamotear la inocultable imperfección con el brillo de un tajo,

dar vueltas mis pisadas encaminándolas hacia el aplauso y el acierto,

corregir el alcance de mis ojos, el temple de mi especie.

¿No te oigo girar y girar entre las ráfagas del agua lavando cada culpa?

¿Y no intentas acaso revelarme con tu melodía los cielos que ya sabes?

Conseguirás de nuevo doblegar esta noche hasta el amanecer

insistiendo en quedarte, como antes en escurrirte más allá de los muros,

acá, donde sólo compartimos la efímera ganancia y la infinita pérdida,

vueltos sobre el costado que nos oculta la visión,

aunque caiga la lluvia.

Fundaciones de Arena

*Si poblaras el mundo como Dios
sólo con proyectar la sombra de una mano, el oscuro fulgor del ensimismamiento,
o las secretas contradicciones que te habitan,
saltarían de tu regazo hasta tus pies animales aviesos,
una fauna de pesadillas ilustradas que se propagaría infestando el jardín
como en esos tapices en los que la discordia simula las manzanas de la tentación.
No tienes felpa y seda que desplegar desde tu frío central hasta tus uñas
en una deslumbrante, sinuosa orografía
—otro cuadro sienés con castillo lejano, fortaleza e irrevocable caballero—,
mi caricia que derrame su hierba complaciente sobre la pradera,
ni el intenso esplendor que a veces inventaba un relámpago azul con tu mirada
y que ahora podría esparcir tan largos ríos, tan bellos horizontes,
y hasta los esmaltados y sucesivos cielos de cualquier libro de horas,
sólo con que lograras olvidar el color de la piedra que te cerró el camino.
Pero ningún prodigio dejan fluir las aguas estancadas.
En tu historia no hay tintas para imprimir el decorado que anuncie un paraíso,
ni plumajes de fiesta con que vestir otro destino.
Tampoco de tu palabra emana un génesis semejante a una fábula en tu honor
donde instaurar un trono sobre el séptimo día.
Fundaciones de arena, muros crepusculares para el exilio y el olvido,
lugares destemplados como el viento que pasa bajo las alas de la ausencia.
Puedes volcar tu inmenso depósito de insomnios hasta la borra del final
o volver del revés todas las envolturas que adoptó la nostalgia;
no encontrarás ni brizna de verdor ni hebra que se anude a la esperanza.
Tu imagen, una sombra de áspero desencanto.
Tu semejanza, una desgarradura.*

OLGA OROZCO
Arenales 2336, 9.º, 32
1124 BUENOS AIRES
(Argentina)